

LIBRO NOVENO.

Nos queda que examinar el carácter del tirano en el individuo, cómo del hombre democrático sale el hombre tiránico, cuáles son sus costumbres, y si su suerte es dichosa ó desgraciada.

— Es lo único que nos falta por considerar.

— ¿Sabes lo que echo de ménos ahora?

— ¿Qué?

— No hemos expuesto, á mi parecer, con bastante claridad la naturaleza y las diferentes especies de deseos. Mientras falte algo que decir sobre este punto, el descubrimiento de lo que buscamos quedará siempre envuelto en tinieblas.

— Aún estamos á tiempo de tratarlo.

— Sin duda. Hé aquí principalmente lo que yo querria conocer de una manera más clara. Entre los deseos y los placeres supérfluos los hay que son ilegítimos. Estos deseos nacen en el alma de todos los hombres; pero en unos, reprimidos por las leyes ó por otros deseos mejores, se desvanecen enteramente, gracias á la razon, ó son débiles ó pocos en número; mientras que en otros, por el contrario, estos deseos son más numerosos y al mismo tiempo los más fuertes.

— ¿De qué deseos hablas?

— Hablo de los que se despiertan durante el sueño; cuando esta parte del alma, que es racional, pacífica y á propósito para mandar, está como dormida, y la parte animal y feroz, excitada por el vino y por la buena comida,

se rebela, y rechazando el sueño, intenta escaparse y satisfacer sus apetitos. Sabes que en tales momentos esta parte del alma á todo se atreve, como si se hubiera libertado violentamente de todas las leyes de la conveniencia y del pudor; no distingue nada, ni dios, ni hombre, ni bestia. Ningun asesinato, ningun alimento indigno le causa horror; en una palabra, no hay accion, por extravagante y por infame que sea, que no esté pronta á ejecutar.

— Dices verdad.

— Pero cuando un hombre observa una conducta sóbria y arreglada; cuando ántes de entregarse al sueño, reanima la antorcha de su razon, alimentándola con reflexiones saludables, conversando consigo mismo; cuando sin saciar á la parte animal la concede lo que no puede rehusarle, para que se tranquilice y no turbe con su alegría ó su tristeza la parte inteligente del alma, sino ántes bien la deje sola, desprendida de los sentidos, para continuar en sus curiosas observaciones sobre lo que ignore de lo pasado, de lo presente y de lo venidero; cuando este hombre, apaciguada así la parte en que reside la cólera, se acuesta tranquilo y sin resentimiento contra nadie; en fin, cuando todo duerme en él ménos su razon, que se mantiene despierta, entónces el espíritu ve más en claro la verdad, se íntima con ella, y no se siente turbado por fantasmas impuros y sueños criminales.

— Estoy persuadido de eso.

— Quizá me he extendido demasiado. Lo único que importa saber es, que hay en cada uno de nosotros, incluyendo á los que parecen más dueños de sus pasiones, una especie de deseos crueles, brutales, sin freno, como lo prueban los ensueños. Examina si lo que digo es cierto ó nó.

— Estoy conforme.

— Recuerda ahora el retrato que hemos hecho del hombre democrático. Dijimos, que habia sido educado en su

juventud por un padre avaro, que sólo estimaba los deseos interesados, cuidando poco de satisfacer los deseos supérfluos, cuyo objeto no es otro que el lujo y los placeres: ¿no es así?

—Sí.

—Que encontrándose despues en relacion con gentes frívolas y entregadas á esos placeres supérfluos, de que acabo de hablar, sentia aversion á las lecciones de su padre y se entregaba á la embriaguez y al libertinaje; que sin embargo, como su índole era mejor que la de sus corruptores, viéndose atraído en dos direcciones opuestas, tomaba un término medio entre la de sus corruptores y la de su padre; que proponiéndose seguir ya una, ya otra, con moderacion, creia observar un género de vida igualmente lejano, á su juicio, de una sumision servil y del desórden que no conoce ley, y que de esta manera de oligárquico que era, se convertia en democrático.

—Es cierto. Tal es la idea que nosotros nos hemos formado de él.

—Supon ahora que este hombre, ya anciano, tiene un hijo educado en las mismas máximas.

—Muy bien.

—Imagina en seguida que le sucede lo mismo que á su padre; quiero decir, que se encuentra empeñado en una vida licenciosa, que llaman libre los que le seducen; que, de una parte, su padre y sus parientes apoyan de firme á la faccion de los deseos moderados, miéntras que, de otra, estos encantadores hábiles, que poseen el secreto de hacer tiranos, secundan con todo su poder la faccion contraria. Cuando desesperen de encontrar otro medio de retener este jóven en su partido, harán nacer en su corazon, por medio de artificios, el amor que preside á los deseos ociosos y pródigos, y que en mi opinion no es más que un gran zángano alado. ¿Crees tú que sea otra cosa?

—No lo creo.

— Bien pronto los demás deseos, coronados de flores, perfumados, brillantes, embriagados con licores y acompañados de placeres frenéticos, vienen á zumbear en rededor de este zángano, le alimentan, le engrandecen, y, por último, le arman del aguijon de la ambicion, y desde aquel acto el tirano del alma no tiene ningun freno. Escoltado por la demencia, extermina y arroja fuera de sí todos los sentimientos honestos, todos los deseos virtuosos, hasta que, despues de haber borrado de su alma todo vestigio de pudor y de templanza, la ve henchida de un furor que no conocia ántes.

— Es esa una fiel pintura de la manera como se forma el hombre tiránico.

— ¿No es esta la razon, porque se ha dado despues al amor el nombre de tirano?

— Así parece.

— El hombre embriagado, ¿no tiene tendencias tiránicas?

— Sí.

— En igual forma, un hombre demente, ¿no se imagina que es capaz de mandar á los hombres y tambien á los dioses?

— Sin duda.

— Mi querido amigo, ¿qué es, hablando propiamente, el hombre tirano, sino aquel á quien la educacion ó la naturaleza ó ambas han hecho borracho, enamorado y loco?

— Es cierto.

— Acabas de ver cómo se forma el hombre tiránico. ¿Pero cómo vive?

— Te responderé como se acostumbra á decir en broma: *tú eres el que me lo has de decir.*

— Sea así. Todo se volverán fiestas, juegos, festines, francachelas y placeres de todos géneros, á que le arrojará el amor tiránico, que ha dejado penetrar en su alma y que dirige todas sus facultades.

— Necesariamente.

— ¿No sentirá nacer en sí mismo, día y noche, una multitud de deseos tan indómitos como insaciables?

— Sí.

— Y así sus rentas, si es que las tiene, se verán bien pronto agotadas en satisfacerlos.

— Sin duda.

— Detrás vendrán los préstamos y como consecuencia la disipación de su fortuna.

— Así tiene que suceder.

— Y cuando no tenga ya nada, ¿no será importunado por los gritos tumultuosos de esta muchedumbre de deseos que se agitan en su alma como en su nido? Estrechado por sus agujones, y sobre todo por el del amor, al que sirven los demás deseos, por decirlo así, como de escolta, ¿no correrá de un lado para otro como un furioso buscando por todas partes alguna presa, que pueda sorprender por artificio ó arrancar por la fuerza?

— Sí, ciertamente.

— Y así será para él una necesidad ó agarrar cuanto se le venga á las manos, ó verse despedazado por los más crueles dolores.

— No hay medio.

— Y lo mismo que las nuevas pasiones han suplantado á las antiguas en su corazón, enriqueciéndose con sus despojos, así, aunque más joven, ¿no querrá apoderarse de los bienes de su padre y de su madre y aprovecharse del patrimonio que queda á éstos despues de haber disipado su parte?

— Sí.

— Y si sus padres rehusan satisfacer sus deseos, ¿no empleará por de pronto contra ellos el hurto y el fraude?

— Sin contradicción.

— Si por este medio no consigue nada, ¿no apelará al robo y á la fuerza?

— Lo creo.

— Si se oponen á la violencia, si resisten, ¿respetará su ancianidad? ¿Dejará de cometer con ellos algun acto tiránico?

— Temo mucho por los padres de un jóven semejante.

— Por consiguiente, mi querido Adimanto, tú crees que por una libertina, á quien por capricho obsequia desde la víspera, ó por un jóven á quien persigue tambien desde el dia anterior y por capricho, será capaz de poner las manos en su padre ó en su madre, en sus amigos más antiguos y más necesarios, sin miramiento á sus muchos años; y llegará hasta someterlos á esta mujer y á este jóven, que habrá introducido en la casa de sus padres.

— En manera alguna lo dudo.

— ¿Luego es una gran fortuna para los padres el haber dado á luz un hijo de este carácter?

— Nada de eso.

— ¡Pero qué! cuando haya consumido todos los bienes de su padre y de su madre, y el enjambre de pasiones se haya multiplicado y fortificado en su corazon, ¿no se verá reducido á forzar las casas, despojar de noche á los transeuntes y robar los templos? Los sentimientos de honor y de probidad, que le habian sido inspirados en su infancia, desaparecerán entónces delante de las pasiones desenfrenadas, con el amor á la cabeza, y se harán dueñas de su alma. Estas mismas pasiones, que cuando estaba él sometido á la autoridad de las leyes y á la voluntad de su padre, apenas se atrevian á emanciparse en los sueños de la noche, hoy que el amor se ha hecho su tirano, le conducirán cien veces al dia á las mismas acciones que ántes experimentaba raras veces durante el sueño. Ni los asesinatos, ni las horribles orgías, ni los crímenes de ninguna clase le detendrán, porque reinando en su alma sólo el amor tiránico, le inspirará la licencia y el desprecio á las leyes, y mirando esta alma como un

Estado sometido á su imperio, le obligará á emprenderlo todo, para tener con qué alimentarle á él y á esa plaga de pasiones tumultuosas que lleva tras de sí, venidas las unas de fuera por las malas compañías y nacidas otras dentro, todas desencadenadas por su propia audacia ó libertadas por él mismo. ¿No será esta la vida que hará este jóven?

—Sí.

—Si en un Estado se encuentran pocos ciudadanos de este carácter, siendo todos los demás prudentes y arreglados en sus costumbres, entónces esos pocos saldrán y se pondrán al servicio de cualquiera tirano extranjero, ó para venderse como auxiliares donde quiera que haya guerra; y si en todas partes hay paz y tranquilidad, producirán en su patria un número infinito de pequeños males.

—¿Qué males?

—Por ejemplo, robar, forzar las casas, escamotear las bolsas, despojar los transeuntes, cometer raptos y sacrilegios. Si son elocuentes, harán el oficio de acusadores, presentarán testigos falsos, y se venderán al que más les dé.

—¡Y son esos los que llamas pequeños males, y es eso lo que esos hombres harán á pesar de su corto número!

—Sí, ya sabes que las cosas pequeñas lo son en comparación con las grandes; y todos estos males, puestos al lado de los que sufre un Estado oprimido por un tirano, son una bagatela. Pero cuando en un Estado hay muchos ciudadanos de este carácter, y aumentándose cada dia su partido, ven que tienen mayoría, entónces es cuando, apoyados en un populacho insensato, dan al Estado por tirano á aquel de entre ellos que tiene más tiranizado su corazón por las más fuertes y las más imperiosas pasiones.

—Sí. Semejante hombre debe saber perfectamente el oficio de tirano.

—El mejor partido que el Estado puede tomar en tal

caso, es no oponer ninguna resistencia; porque si no, al menor movimiento que haga, el tirano cometerá contra su patria las mismas violencias que usó contra su padre y su madre; la maltratará, la entregará al poder de los jóvenes relajados que le rodean, y reducirá á la esclavitud más dura á esta patria, á esta madre (1), sirviéndome de la expresion de los cretenses. A este punto irán á parar los deseos del tirano.

— Tienes razon.

— Por lo demás, no es necesario que llegue al poder para hacerse conocer tal cual es; su carácter se deja ver en su condicion privada de la manera siguiente. Ó bien se ve rodeado por una multitud de aduladores, dispuestos á obedecerle en todo; ó arrastrándose él mismo, cuando tiene necesidad de los demás, no habrá cosa que no haga para convencerles de su decidido afecto; pero apenas habrá obtenido lo que deseaba, cuando les volverá la espalda.

— Nada más comun.

— Y así estos hombres pasan su vida sin ser amigos de nadie, siendo dueños ó esclavos de voluntades ajenas, porque es un signo del carácter tiránico el no conocer ni la verdadera libertad, ni la verdadera amistad.

— Es cierto.

— ¿No puede llamarse á estos hombres con razon hombres sin fe?

— Sí.

— ¿Y no puede decirse tambien que son injustos en sumo grado, si lo que hemos dicho ántes á propósito de la justicia es verdadero?

— No puede dudarse que lo es.

— Resumamos, pues, los rasgos que constituyen el perfecto criminal. Si existe, debe de ser el hombre que acabamos de describir.

(1) Μητροδα.

—Sin duda.

—Es el hombre que, teniendo el carácter más tiránico que puede concebirse, está además revestido con la autoridad tiránica; y cuanto más tiempo ejerza la tiranía, será más malo.

—Esa es una consecuencia necesaria, exclamó Glaucon.

—Y si es el más malo de los hombres, ¿no será también el más desgraciado, y no lo será tanto más cuanto por más tiempo y de una manera más absoluta haya ejercido la tiranía? Hablo aquí conforme á la verdad pura, y no segun la opinion del vulgo.

—No puede ser de otra manera.

—La condicion del hombre tiranizado por sus pasiones es la misma que la de un Estado oprimido por un tirano; como la condicion del hombre democrático se parece á la de un Estado democrático, y lo mismo sucede con los demás.

—Sin contradiccion.

—Y lo que un Estado es con relacion á otro Estado, en razon, ya de la virtud, ya de la felicidad, un hombre lo es con relacion á otro hombre.

—Tienes razon.

—¿Pero cuál es la relacion del Estado gobernado por un tirano con el Estado gobernado por un rey (2), tal como nosotros lo describimos al principio?

—Estos dos gobiernos son enteramente opuestos; el uno es el mejor, el otro el peor.

—No te preguntaré cuál de los dos es el mejor ó el peor, porque es cosa clara; lo que yo te pregunto es si el que tienes por mejor es también el más dichoso, y el que tienes por peor el más desgraciado. No nos alucinemos en este punto por fijarnos sólo en el tirano y en el corto

(2) Platon asimila al reinado el gobierno aristocrático, descrito por él.

número de favoritos que le rodean; entremos en el Estado mismo, examinémosle todo entero, penetremos en él por todas partes, y en seguida demos nuestro fallo con arreglo á lo que hubiésemos observado.

— Pides una cosa muy justa. Es cosa evidente para todo el mundo, que no hay un Estado más desgraciado que el que obedece á un tirano, ni más dichoso que el que está gobernado por un rey.

— ¿No tendré razon para exigir que se vaya con el mismo pulso cuando se trate de dar parecer sobre la felicidad de los individuos, y para querer que nos atengamos á la decision del que pueda penetrar con el pensamiento hasta el interior del hombre, sin dejarse llevar como los niños de apariencias, ni tampoco de las exterioridades fastuosas de que el poder tiránico se reviste para imponer á la multitud, sino penetrando en el fondo de las cosas? ¿Si pretendiese yo, por consiguiente, que en la cuestion presente no deberiamos dar oidos á otro juez que al que á las luces del espíritu une las de la experiencia, al que ha vivido con los tiranos, que los ha visto en su interior despojados del aparato y pompa teatral con que aparecen en público, que sabe la impresion que les causan las crisis políticas; si comprometiese á este hombre á dar su fallo sobre la felicidad ó la desgracia de la condicion del tirano, comparada con todas las demás?...

— No podrias escoger un juez mejor.

— ¿Quieres que supongamos, por un momento, que nosotros mismos nos encontramos en estado de juzgar, y que hemos vivido con los tiranos, para que de esta manera tengamos alguien que responda á nuestras preguntas?

— Sí lo quiero.

— Sígueme, pues, y recordando la semejanza que existe entre el Estado y el individuo, considera el uno despues del otro, y dime cuál debe ser la situacion de ambos.

— Te sigo.

—Comenzando por el Estado, dime: un Estado sometido á un tirano ¿es libre ó esclavo?

—Digo que es todo lo esclavo que puede ser.

—Sin embargo, en semejante Estado ¿hay personas que son dueños de lo que tienen y libres en sus acciones?

—Sí; los hay, pero en muy corto número; pues á decir verdad, la mayor y más sana parte de los ciudadanos se ve reducida á la más dura y vergonzosa esclavitud.

—Luego si con el individuo pasa lo mismo que con el Estado, ¿no es una necesidad que se verifiquen en él las mismas cosas, que su alma gima en una servidumbre baja y vergonzosa, que la parte más excelente de esta alma esté sometida á los caprichos de la parte más despreciable, más depravada y más furiosa?

—Así debe suceder.

—¿Qué dirás de un alma que se halla en este estado? ¿es libre ó esclava?

—Digo que es esclava.

—Pero un Estado esclavo y dominado por un tirano no hace lo que quiere.

—No, ciertamente.

—A decir verdad, un alma tiranizada tampoco hace lo que quiere, sino que arrastrada sin cesar por la violencia de sus pasiones, se sentirá llena de turbacion y de arrepentimiento.

—Sin duda.

—El Estado en que reina un tirano, ¿es rico ó pobre?

—Es pobre.

—¿Luego un alma tiranizada es tambien siempre pobre é insaciable?

—Sí.

—¿No es una necesidad que este Estado y este individuo estén en un temor y en un terror continuo?

—Seguramente.

—¿Crees que sea posible encontrar ningun otro Estado

en que sean más las quejas, las lágrimas, los gemidos y los amargos dolores que en éste?

—No.

—¿Ni ningun otro individuo en quien lo sean más que en este hombre tiránico, á quien el amor y las demás pasiones hacen furioso?

—No lo creo.

—Ó bien, pensando en todos estos males y en otros mil, has creído que este Estado era el más desgraciado de todos los Estados.

—¿No he tenido razon?

—Sin duda, pero colocándote en el mismo punto de vista, ¿qué dices del hombre tiránico?

—Digo que es el más desgraciado de los hombres.

—Te engañas.

—¿Por qué?

—Porque no es aún todo lo desgraciado que puede ser.

—¿Pues quién lo será entónces?

—El que te voy á citar te parecerá más desgraciado quizá.

—¿Quién?

—Aquel que, estando ya tiranizado por sus pasiones, no pasa su vida en la esfera privada, sino que su mala estrella le presenta la ocasion de hacerse tirano de un Estado.

—Visto lo que hemos dicho, conjeturo que tienes razon.

—Esto puede suceder; pero en una materia de esta importancia, donde se trata nada ménos que de examinar de qué depende la felicidad ó la desgracia de la vida, no hay que andar con conjeturas, sino llegar, si puede ser, hasta una completa certidumbre.

—Muy bien.

—Mira si razono con exactitud. Para juzgar bien la condicion de un tirano, hé aquí, á mi parecer, cómo es preciso considerarle.

—¿Cómo?

— Sucede con un tirano lo que con esos particulares ricos, que tienen muchos esclavos; porque tienen de común con él que mandan á muchos; la diferencia está sólo en el número.

— Es cierto.

— Ya sabes que estos particulares viven tranquilos, y no temen nada de parte de sus esclavos.

—¿Pues qué han de temer?

— Nada; ¿pero sabes la razón?

— Sí; es porque todo el Estado cuida de la seguridad de cada ciudadano.

— Muy bien. Pero si algun dios, arrancando del seno de esta sociedad uno de estos hombres, que tienen á su servicio cincuenta esclavos ó más, con su mujer y sus hijos, le trasportara con su casa y bienes á un desierto, donde no pudieran esperar auxilio de ningun hombre libre, ¿no estaria continuamente temiendo que iban á perecer á manos de sus esclavos, él, su mujer y sus hijos?

— No tengo dificultad en creerlo.

— Se veria precisado á agasajar á algunos de entre ellos, á ganarlos á fuerza de promesas, y á darles libertad, aunque no la mereciesen; en una palabra, á convertirse en adulator de sus esclavos.

— Tendria que hacer eso ó perecer.

— ¿Y qué sucederia, si ese mismo dios colocase alrededor de la estancia de ese rico un gran número de gentes decididas á no sufrir que un hombre ejerciera imperio alguno sobre sus semejantes, y á castigar con el último suplicio al que sorprendieran intentando una cosa semejante?

— Rodeado por todas partes de tantos enemigos, seria para él un motivo mayor aún para temer por sus dias.

— ¿No está encadenado en una prision semejante el tirano? Suponiéndole con el carácter con que le hemos pin-

tado, ¿no debe verse devorado incesantemente por temores y deseos de toda clase? Por viva que sea su curiosidad, no puede viajar como los demás ciudadanos, ni ir á ver mil cosas que llamen su atencion. Encerrado en el recinto de su palacio, como una mujer, envidia la felicidad de sus súbditos cuando sabe que hacen algun viaje, y que van á ver cosas que excitan su curiosidad.

— Es cierto.

— Tales son los males que vienen á aumentar los sufrimientos del hombre que vive tiranizado por sus pasiones, y que has considerado tú como el más desgraciado de los hombres; tales son los nuevos tormentos que vienen á asaltarle, cuando la suerte le obliga á renunciar á la vida privada, y le eleva á la condicion de tirano; es incapaz de conducirse á sí mismo, y habrá de conducir á los demás. Su condicion se parece á la de un enfermo, que no teniendo bastantes fuerzas propias, en lugar de pensar sólo en su salud, se viese precisado á pasar toda su vida en combates atléticos.

— Esa comparacion, Sócrates, es muy exacta y muy verdadera.

— Semejante situacion, mi querido Glaucon, ¿no es la más triste que puede imaginarse, y la condicion de tirano no añade un aumento de desgracia al mismo, que en tu opinion era ya el más desgraciado de los hombres?

— Convengo en ello.

— Y así, en realidad y cualesquiera que sean las apariencias, el tirano no es más que un esclavo, esclavo sometido á la más dura y baja servidumbre, y el adulator de lo más abyecto de la sociedad. Jamás podrá satisfacer por completo sus pasiones, porque lo que le falta excede á lo que posee; y el que pudiera penetrar en el fondo de su alma, encontraria que es verdaderamente pobre, y vive siempre sobresaltado, y siempre presa de dolores y angustias; tal es su situacion, si es cierto que es parecida á

la del Estado de que él es dueño, porque creo que es parecida; ¿no lo crees así?

— Sí.

— A tantas miserias añadamos lo que ya hemos dicho; que de día en día y en razón del rango que ocupa, se hace necesariamente más envidioso, más pérfido, más injusto, más impío, más dispuesto á recibir y alimentar en su corazón todos los vicios, siguiéndose de aquí que es el más desgraciado de los hombres, y que comunica su desgracia á los mismos que le rodean.

— Ningun hombre de buen sentido te puede contradecir en este punto.

— Revístete ahora con el carácter de juez, y decide quiénes de entre los cinco caracteres, el real, el timocrático, el oligárquico, el democrático y el tiránico, son más dichosos y quiénes lo son ménos.

— El fallo es fácil de pronunciar. Doy á cada uno más ó ménos virtud, más ó ménos felicidad, segun el orden en que se nos han presentado, como los coros que entran en la escena.

— ¿Quieres que hagamos venir un heraldo, ó que publique yo en alta voz, que el hijo de Ariston ha declarado, que el más dichoso de los hombres es el más justo y más virtuoso, es decir, el que reina sobre sí mismo y que se gobierna segun los principios del Estado monárquico; y que el más desgraciado es el más injusto y más depravado, es decir, aquel que, teniendo el carácter más tiránico, ejerce sobre sí mismo y sobre los demás la tiranía mas absoluta?

— Te permito publicarlo.

— ¿Y podré añadir, que uno y otro son lo que hemos dicho, áun cuando ni los hombres ni los dioses tengan conocimiento alguno de la justicia del primero y de la injusticia del segundo?

— Añádelo.

— Por consiguiente, hé aquí que hemos llegado al término de la primera demostracion de lo que era objeto de nuestras indagaciones. Voy, si quieres, á darte una segunda demostracion.

— ¿Cuál es?

— Si el alma de cada uno de nosotros se divide en tres partes, á la manera que el Estado se divide en tres cuerpos, da lugar, á mi parecer, á deducir de aquí una nueva demostracion.

— Dímelas.

— Es la siguiente. A estas tres partes del alma corresponden tres placeres propios de cada una de ellas; y por consiguiente, tres clases de deseos y de dominaciones.

— Explicáte.

— La primera de estas partes es aquella por la que el hombre conoce; la segunda es aquella por la que el hombre se irrita; la tercera tiene demasiadas formas para que pueda ser comprendida bajo un nombre particular, pero ya la hemos designado por lo más notable y por lo que más predomina en ella. La hemos llamado apetito concupiscible á causa de la violencia de los deseos que nos arrastran á comer, beber, al amor y á los demás placeres de los sentidos; y la hemos llamado amiga de las riquezas, porque el dinero es el medio más eficaz para satisfacer esta clase de deseos.

— Razon hemos tenido para ello.

— Si añadiésemos que el placer propio de esta facultad es el placer del lucro, ¿no seria fijar la idea y designarla con toda claridad? ¿Qué otro nombre, en verdad, puede convenirle mejor que el de amor á las riquezas y al lucro?

— No veo otro mejor.

— La parte del alma que hace al hombre irascible, ¿no nos arrastra á la dominacion, á la superioridad sobre los demás hombres y á la adquisicion de la gloria?

— Sí.

—Luego podemos con razon llamarla amiga del orgullo y de la ambicion.

—Este nombre la conviene perfectamente.

—En cuanto á la parte que conoce, es evidente que tiende sin cesar y por completo á conocer la verdad, donde quiera que se halle, importándole poco las riquezas y la gloria.

—Es cierto.

—¿No tendremos, por lo tanto, razon para llamarla filosófica y amiga de la instruccion?

—Sí.

—¿No es cierto igualmente, que segun la diferencia de caracteres, los unos se dejan dominar por esta parte, los otros por una de las otras dos?

—Sí.

—En este concepto diremos que hay tres principales caracteres entre los hombres, que son el filósofo, el ambicioso y el interesado.

—Muy bien.

—Y tres especies de placeres análogos á estos caracteres.

—Sin duda.

—Si preguntas á cada uno de estos hombres en particular cuál es la vida más dichosa, ya conocerás que habrá de decir que la suya; y que el interesado colocará el placer del lucro por cima de todos los demás placeres, y que despreciará la ciencia y los honores, á ménos que no crea que son un medio de reunir dinero.

—Es cierto.

—Por su parte, ¿qué dirá el ambicioso? ¿No tratará de bajeza el placer de acumular tesoros, y de humo vano el estudio de las ciencias, á excepcion de las que puedan conducirle á los honores y á la gloria?

—Así es.

—En cuanto al filósofo, diremos resueltamente, que de

nada hace aprecio en comparacion del placer que le proporciona el conocimiento de la verdad, y que por su aplicacion continúa á este estudio tiende á proporcionarse más y más este goce; y con respecto á los demás placeres, si los llama necesidades, es porque no se los procuraria, si la naturaleza no los exigiese.

—Estoy convencido de ello.

—Ahora, puesto que se trata de decidir cuál de estas tres especies de placeres y de condiciones es, no digo la más honesta y la mejor en sí, sino la más agradable y la más dulce, ¿cómo podremos saber, entre estas pretensiones opuestas, de qué lado se encuentra la verdad?

—Yo no podría decirlo.

—Veamos la cuestion de esta manera: ¿cuáles son las cualidades que se requieren para juzgar bien? ¿No son la experiencia, la reflexion y el razonamiento? ¿Es posible seguir mejores guías, cuando se trata de formar un juicio?

—No.

—¿Y cuál de nuestros tres hombres tiene más experiencia de las tres clases de placeres de que acabamos de hablar? ¿Crees que el hombre interesado, si se dedicase al conocimiento de la verdad, seria más capaz de juzgar de la naturaleza del placer que acompaña á la ciencia, que lo es el filósofo de juzgar el placer que causa el lucro?

—De ninguna manera, porque el filósofo se ha encontrado desde la infancia en la necesidad de gustar otros placeres que los de la inteligencia; mientras que ninguna necesidad ha tenido el hombre interesado de experimentar, al estudiar la verdad, la dulzura del placer de conocer y de adquirir la experiencia, pues que estando este placer fuera de su alcance, serian vanos todos sus esfuerzos para conseguirlo.

—Luego el filósofo tiene mayor experiencia que el hombre interesado respecto de ambos placeres.

—Sin comparacion.

—¿No conoce tambien el filósofo por experiencia el placer, que va unido á los honores, mejor que conoce el ambicioso el placer que produce la sabiduría?

—Sin duda, puesto que cada uno de estos tres hombres está seguro de la honra que le resultará, si llega á conseguir el objeto que se propone, porque las riquezas tienen sus admiradores como los tienen el valor y la sabiduría. Y así respecto al placer que resulta de verse honrado, todos tres tienen igual experiencia. Pero es imposible que ningun otro, como no sea el filósofo, guste el placer que resulta de la contemplacion de la esencia de las cosas.

—Por consiguiente, si sólo se atiende á la experiencia, el filósofo está en mejor posicion de juzgar que los otros dos.

—Sin contradiccion.

—Es el único que á las luces de la experiencia une las de la reflexion.

—Eso es incontestable.

—En cuanto al instrumento, que es la tercera condicion para juzgar bien, no pertenece en propiedad ni al interesado, ni al ambicioso, y sí sólo al filósofo.

—¿Cuál es ese instrumento?

—¿No hemos dicho, que es preciso emplear el razonamiento en los juicios?

—Sí.

—Pero el razonamiento, hablando con propiedad, es el instrumento del filósofo.

—Es cierto.

—Si la riqueza y el lucro fuesen la regla más segura para juzgar bien de cada cosa, lo que el hombre interesado estima ó desprecia seria efectivamente lo más digno de estimacion ó de desprecio.

—Convengo en ello.

—Si fuesen los honores, el valor ó las victorias, ¿no

sería preciso someterlos á la decision del hombre intri-
gante y ambicioso?

— Es evidente.

— Pero puesto que á la reflexion, á la experiencia y á la razon pertenece declarar...

— No puede ménos de reconocerse, que lo que merece la estimacion del filósofo, del amigo de la razon, es verdaderamente estimable.

— Luego de los tres placeres de que se trata, el más dulce es el que depende de esta parte del alma, por la que adquirimos conocimientos; y el hombre, que da á esta parte el mando sobre sí mismo, pasa la vida más dichosa.

— Estoy conforme, y cuando el sabio alaba la felicidad de su estado tiene razon para hacerlo.

— ¿Qué vida y qué placer deberán ponerse en segundo lugar?

— Es claro que será el placer del guerrero y del ambicioso, el cual se aproxima mucho más al del filósofo que el del hombre interesado.

— Segun todas las apariencias á éste le corresponderá el último lugar.

— Sin duda.

— Por lo tanto, hé aquí dos victorias consecutivas que el justo consigue sobre el injusto. Pero va á conseguir una tercera verdaderamente olímpica, por la que deberá dar gracias á Júpiter Libertador y Olímpico. Es la siguiente: todo otro placer, que no sea el del sabio, no es un placer real, un placer puro, sino que, por el contrario, no es más que una sombra, un fantasma de placer, segun lo que he oido decir á un sabio. Y si es así, la derrota del injusto es entera y completa.

— Seguramente, ¿pero cómo lo pruebas?

— Basta para ello que me respondas. Vamos á examinar juntos la cuestion.

— Interroga.

— El dolor, ¿no es lo contrario del placer?

— Sí.

— ¿No se reconoce en el alma un estado, en el que aquella no experimenta placer ni dolor?

— Lo pienso así.

— Este estado, que es un medio entre aquellos dos contrarios, ¿no consiste en un cierto reposo en que se encuentra el alma respecto de los otros? ¿No te parece así?

— Sí.

— ¿Recuerdas lo que dicen de ordinario los enfermos en los accesos de su mal?

— ¿Qué dicen?

— Que el bien más grande es la salud, pero que no han conocido todo su valor ántes de enfermar.

— Lo recuerdo.

— ¿No oyes á todos los que sufren, que nada hay más dulce que no sufrir?

— Es cierto.

— Y observarás, que en todos los sucesos desgraciados de la vida los hombres usan el mismo lenguaje. ¿Están tristes? pues el estar libres de la tristeza es para ellos un bien preferible; no es la alegría la que miran como la cosa más deliciosa, sino la cesacion de la tristeza y el reposo.

— Es porque esta situacion les seria agradable en comparacion de aquella en que se encuentran.

— Por la misma razon la cesacion del placer debe ser un dolor para aquel, que disfrutaba ántes del placer.

— Así debe ser.

— Por consiguiente, esa calma del alma, que segun dijimos ántes, ocupa un término medio entre el placer y el dolor, nos parece ahora que es lo uno y lo otro.

— Sí.

— ¿Pero es posible, que lo que no es ni lo uno ni lo otro, sea á la vez lo uno y lo otro?

— Yo no lo pienso así.

—El placer y el dolor ¿no son ámbos un movimiento del alma?

—Sí.

—¿Pero no acabamos de decir que este estado, en que no se siente ni placer ni dolor, es un reposo del alma y cierta cosa intermedia entre estos dos sentimientos?

—Es cierto.

—¿Cómo, pues, se puede creer racionalmente, que la negacion del dolor sea un placer, y la negacion de un placer un dolor?

—No puede creerse.

—Por consiguiente, este estado no es en sí mismo ni agradable ni desagradable; pero se le juzga agradable por oposicion al dolor, y desagradable por oposicion al placer. En todos estos fantasmas no hay placer real; todo esto no es más que un alucinamiento.

—Por lo ménos, el razonamiento lo demuestra.

—Para que no te sientas tentado á creer que en esta vida la naturaleza del placer y del dolor se reduce á no ser más que, el uno, la cesacion del dolor, y el otro, la cesacion del placer, considera los placeres que no son resultado de ningun dolor.

—¿Dónde están, y cuál es su naturaleza?

—Son numerosos y de diferentes especies; fijate, por ejemplo, en los placeres del olfato. La viva sensacion que causan en el alma, no es precedida de dolor alguno; y cuando cesan, no deja tampoco ninguno tras de sí.

—Eso es muy cierto.

—No nos dejemos, pues, persuadir de que el placer puro no sea más que una simple cesacion de dolor, y el dolor puro una simple cesacion de placer.

—No.

—Con todo eso, aquellos placeres, que pasan al alma por el cuerpo y que son quizá los más numerosos y los

más vivos, son de esta naturaleza; son verdaderas cesaciones de dolor.

— Convengo en ello.

— ¿No sucede lo mismo respecto á los presentimientos de alegría y de dolor, causados por la esperanza de alguna sensación agradable ó desagradable?

— Sí.

— ¿Sabes lo que debe pensarse de estos placeres y con qué se los puede comparar?

— ¿Con qué?

— No ignoras, que en las cosas hay un punto alto, uno medio y uno bajo.

— No.

— El que pasa de una region inferior á una region média, ¿no se imagina subir á lo más alto? Y cuando ha llegado á la region média, y echa una mirada al punto de donde ha partido, ¿qué otra idea puede ocurrírsele sino que está en lo alto, porque no conoce aún la region verdaderamente alta?

— No creo que pueda imaginarse otra cosa.

— Si desde allí volviere á descender á la region baja, creeria descender, y no se engañaría.

— No.

— ¿A qué puede atribuirse su error, sino á la ignorancia en que está respecto á la region verdaderamente alta, verdaderamente média, verdaderamente baja?

— Es evidente que su error no tiene otro origen.

— ¿Y es extraño, que hombres, que no conocen la verdad, se formen ideas falsas de mil cosas, entre otras, del placer, del dolor y de lo que es intermedio entre uno y otro, de suerte que cuando pasan al dolor, creen sufrir y sufren en efecto, y cuando del dolor pasan al estado intermedio, se persuaden que han llegado al pleno goce del placer? ¿Es extraño que gentes, que jamás han percibido el verdadero placer y que no consideran el

dolor sino por oposicion con la cesacion del dolor, se engañen en sus juicios, poco más ó ménos, como si conociendo el color blanco, tomasen el color gris por blanco, comparándole con el negro?

— Todo eso no es extraño; y lo que me sorprenderia seria que vieran lo contrario.

— Reflexiona sobre lo que voy á decir. El hambre, la sed y las demás necesidades naturales, ¿no producen una especie de vacío en el cuerpo?

— Sí.

— En igual forma, la ignorancia y la sinrazon, ¿no son un vacío en el alma?

— Sin duda.

— ¿No se llena la primera clase de vacío tomando alimento, y la segunda adquiriendo conocimientos?

— Sí.

— ¿Cuál es la más real y verdadera plenitud? ¿la que proviene de las cosas que tienen más realidad, ó la que proviene de las cosas que tienen ménos?

— Es evidente que la primera.

— Pero el pan, la bebida, las viandas, y en general todo lo que alimenta el cuerpo, ¿tiene más realidad, participa más de la verdadera esencia que las opiniones ciertas, la ciencia, la inteligencia, en una palabra, todas las virtudes? Hé aquí el juicio que debe formarse. Lo que proviene del sér verdadero, inmortal, inmutable; lo que representa en sí estos caracteres y se produce en un objeto semejante, ¿no tiene más realidad que lo que nace de una naturaleza sujeta al cambio y á la corrupcion, y se produce en una sustancia igualmente mortal y mudable?

— Lo que participa del sér inmutable tiene infinitamente más realidad.

— La ciencia, ¿es ménos esencial al sér inmutable que la existencia?

— Nó.

—¿Y la verdad?

—Tampoco.

—Si este sér tuviese ménos verdad, tendria ménos existencia.

—Sin duda.

—Luego, en general, todo lo que sirve para el sostenimiento del cuerpo participa ménos de la verdad y de la existencia, que lo que sirve para el sostenimiento del alma.

—Estoy conforme.

—El cuerpo mismo, ¿no tiene ménos realidad que el alma?

—Sí.

—Luego la plenitud del alma es más real que la del cuerpo, á proporcion que el alma misma tiene más realidad que el cuerpo, y á medida que lo que sirve para llenarla, tiene tambien más.

—Sin contradiccion.

—Por consiguiente, si el placer consiste en llenarse de cosas conformes á su naturaleza, lo que puede llenarse verdaderamente de cosas, que tienen más realidad, debe causar un placer más real y más sólido; y lo que participa de cosas ménos reales debe satisfacerse de una manera ménos verdadera y ménos sólida y causar un placer ménos seguro y ménos verdadero.

—Todo eso es una consecuencia necesaria.

—Por consiguiente, los que no conocen ni la sabiduría ni la virtud, y están siempre entregados á los festines y demás placeres sensuales, pasan sin cesar de la region baja á la region média, y de la média á la baja; viven errantes entre estos dos términos, sin poder nunca traspasarlos. Jamás se han elevado á la alta region, ni han levantado hasta allí sus miradas; jamás han estado en posesion del sér; jamás han experimentado un gozo puro y verdadero. Sino que, inclinados siempre hácia la tierra

como animales, y fijos sus ojos en el pasto que reciben, se entregan brutalmente al buen trato y al amor; y disputándose el goce de estos placeres, se cornean y cocean entre sí, concluyendo por matarse unos á otros con sus pezuñas de hierro y sus cuernos, llevados del furor de sus apetitos insaciables; porque no se cuidan de llenar con objetos reales esta parte de ellos mismos que se relaciona con el sér, y que es la única capaz de una verdadera plenitud.

— Hablas como un oráculo, Sócrates, y acabas de pintar fielmente la vida de la mayor parte de los hombres.

— Es una necesidad que sólo gusten de placeres mezclados de dolores, fantasmas de placer verdadero, que sólo tienen color y brillo, cuando se les coteja entre sí, y cuya vista excita en el corazón de los insensatos un amor tan vivo y trasportes tan violentos, que se batan por poseerlos, como se batian los troyanos, según Tesicoro, por el fantasma de Elena (1), por no haber visto la Elena verdadera.

— Es imposible que sucedan las cosas de otra manera.

— ¡Pero qué! ¿no sucede lo mismo respecto á esta parte del alma, donde reside el valor, cuando la ambición secundada por los celos, el espíritu de querrela secundado por la violencia, y el humor fanático por la cólera, hacen al hombre correr sin reflexión y sin discernimiento tras una vana plenitud de honor y de victoria y tras una vana satisfacción de sus resentimientos?

— Eso mismo tiene que suceder necesariamente.

(1) Según Herodoro, libro II, Páris y Elena, yendo de Esparta á Troya, fueron arrojados por la tempestad sobre las costas de Egipto. Proteo, que entonces reinaba allí, dejó marchar á Páris y retuvo á Elena que entregó á Menelao cuando de vuelta de Troya se vió obligado á tocar en las costas de Egipto. Tesicoro y el Escoliasta de Licofron (*Alexandra* v. 113) añaden que la sombra de Elena siguió á Páris á Troya. Eurípides adopta esta versión en su tragedia de *Elena*.

— Por consiguiente, podemos decir con confianza, que cuando los deseos, que pertenecen á estas dos partes del alma, la interesada y la ambiciosa, se dejan conducir por la ciencia y la razon, y bajo sus auspicios sólo van en busca de los placeres que les indica la sabiduría, entónces experimentan los verdaderos placeres y los más conformes con su naturaleza en todo lo posible; porque de una parte les guía la verdad, y por otra, todo lo que es más ventajoso á cada cosa, es igualmente lo que tiene más conformidad con su naturaleza.

— Nada más cierto.

— Cuando el alma entera marche guiada por la razon, sin que se suscite en ella rebelion alguna, sino que ántes bien cada una de sus partes se mantenga en los justos límites de su accion, aún le queda el goce de los placeres que le son propios, de los placeres más puros y más verdaderos de que puede gozar.

— Sin contradiccion.

— Mientras que, cuando una de las otras dos partes usurpa la autoridad, resulta de aquí necesariamente, en primer lugar, que el alma no puede proporcionarse los placeres que le convienen, y en segundo, que obliga á las otras partes á procurarse placeres falsos y que les son extraños.

— Convengo en ello.

— Lo que más se aleja de la filosofia y de la razon es igualmente lo más capaz de producir estos funestos efectos.

— Sin duda.

— Pero lo que se separa más del orden y de la ley, ¿no se separa de la razon en la misma medida?

— Es cierto.

— ¿No hemos dicho, que nada se alejaba más de la razon que los deseos tiránicos y amorosos?

— Sí.

—¿Y que nada se separaba ménos que los deseos moderados y monárquicos?

—Sí.

—Por consiguiente, el tirano será el que esté más lejos del placer verdadero y propio del hombre, mientras que el rey se aproximará á él, cuanto es posible.

—Sin contradiccion.

—Luego la condicion del tirano será la ménos dichosa, y la del rey la más dichosa que puede imaginarse.

—Es incontestable.

—¿Sabes hasta qué punto la condicion del tirano es ménos dichosa que la del rey?

—Lo sabré, si tú me lo dices.

—Nos parece, que hay tres especies de placeres: una de placeres verdaderos y dos de falsos; y el tirano, enemigo de la ley y de la razon, sitiado siempre por un cortejo de deseos esclavos y rastroeros, está colocado á la extremidad de los placeres falsos. Ahora, hasta qué grados es inferior en felicidad al otro, es un punto difícil de determinar, á no ser de esta manera.

—¿De qué manera?

—El tirano es el tercero despues del hombre oligárquico, porque entre los dos se encuentra el hombre democrático.

—Sí.

—Por consiguiente, si lo que dijimos ántes es verdadero, el fantasma del placer, que goza el tirano, está tres veces más distante de la verdad que el que goza el hombre oligárquico.

—Así es.

—Pero si contamos por uno sólo el hombre régio y el hombre aristocrático, el oligárquico es igualmente el tercero despues de él (1).

(1) El segundo es el timocrático.

—Lo es, en efecto.

—Luego el tirano está alejado del verdadero placer el triplo del triplo.

—Sí, á mi parecer.

—Por consiguiente, el fantasma de placer del tirano, conforme á este número lineal (1), puede expresarse por un número plano.

—Sí.

—Porque multiplicando este número por sí mismo, y elevándolo á la tercera potencia, es fácil ver cuántos grados está distante de la verdad el placer del tirano.

—Nada más fácil para un calculista.

—Ahora bien, si se considera al revés esta progression, y se quiere averiguar en cuántos grados el placer del rey es más verdadero que el del tirano, resultará, hecho el cálculo, que el rey es setecientas veintinueve veces (2) más dichoso que el tirano, y que éste es más desgraciado en la misma proporcion.

—Acabas de encontrar, por medio de un cálculo com-

(1) Correccion propuesta por Cousin en una nota muy extensa de su traduccion, tomo X, p. 223.

(2) La felicidad del tirano tiene tres veces ménos realidad que la del oligárquico; la del oligárquico tiene tres veces ménos que la del rey; luego la felicidad del tirano tiene nueve veces ménos realidad que la del rey. El número nueve es un número plano, puesto que es el cuadrado de tres. En seguida, Platon, considerando estas dos felicidades, la una real, la otra aparente, como dos sólidos, cuyas dimensiones todas son proporcionales, y sus distancias de la realidad, 1 y 9, como una de sus dimensiones, su longitud, por ejemplo, multiplica uno de estos números dos veces por sí mismo, para tener la relacion de estos dos sólidos, y por este medio se encuentra que es la de 1 á 729, es decir, que la felicidad del tirano es setecientas veintinueve veces menor que la del rey. Este cálculo está fundado sobre este teorema de geometría: los sólidos, cuyas dimensiones todas son proporcionales, están entre sí en razon triplicada ó como los cubos de una de sus dimensiones.

pletamente sorprendente, el intervalo que separa la felicidad del hombre justo de la del injusto.

— Este número expresa exactamente la diferencia de la condicion de ambos, si por una y otra parte están acordes en los dias, las noches, los meses y los años.

— De acuerdo están por una y otra parte.

— Pero si la condicion del hombre justo y virtuoso sobrepuja tanto en felicidad á la del malvado é injusto, ¿cuánto más la sobrepujará en honestidad, en belleza y en mérito!

— Infinitamente.

— Ahora bien; puesto que hemos llegado ya á este punto, volvamos á lo que se dijo más arriba, y que dió ocasion á esta conversacion (1). Se dijo, si mal no recuerdo, que la injusticia era ventajosa al perfecto malvado, con tal que pasase por hombre de bien. ¿No es esto mismo lo que se dijo?

— Sí.

— Examinemos si esta máxima es verdadera ahora que hemos convenido en los efectos que producen en el alma las acciones justas y las acciones injustas.

— ¿Y cómo lo haremos?

— Para probar al que lo ha sostenido (2) que se ha engañado, formemos con el pensamiento una imágen del alma.

— ¿Qué clase de imágen?

— Una imágen hecha por el modelo de la Quimera, de Scyla, del Cerbero y de otros monstruos, que la tradicion nos representa formados mediante la union de muchas naturalezas diferentes.

— Muy bien.

— Forma, por lo pronto, un monstruo de muchas ca-

(1) Libro primero.

(2) Recuérdese que este es Trasimaco.

bezas, unas de animales pacíficos, y otras de bestias feroces; dale también el poder de producir todas estas cabezas y de cambiarlas á su capricho.

—Una obra de esa calidad exige un artista muy entendido; pero como es más fácil trabajar con la imaginación que con cera ó cualquiera otra materia semejante, me lo figuro tal como le pintas.

—Forma, en seguida, la imágen de un leon y de un hombre; pero es preciso que la primera de estas tres imágenes sea más grande que las otras dos, y la segunda más grande que la última.

—Eso es más fácil, y dalo por hecho.

—Reune estas tres imágenes de manera que constituyan un todo.

—Ya las he reunido.

—Por último, envuelve este compuesto con el exterior de un hombre, de manera que el que no pueda ver el interior, tome el todo por un hombre, juzgando sólo por las apariencias.

—Está hecho.

—Responde ahora al que sostiene que la injusticia es ventajosa al hombre formado de esta manera, y que de nada le sirve ser justo. Digamos que es como si se pretendiese que es ventajoso para él alimentar con esmero y fortificar al monstruo y al leon, y debilitar al hombre dejándole morir de hambre, de manera que esté á merced de los otros dos, y puedan llevarle y traerle á donde les acomode; y añadiremos, ¿no equivale esto á sostener y afirmar que en lugar de acostumarles á vivir juntos en un perfecto acuerdo, vale más dejarles batirse, morderse y devorarse los unos á los otros?

—El que alaba la injusticia, en realidad no dice otra cosa.

—Recíprocamente, decir que es útil el ser justo, equivale á sostener que el hombre debe, con sus discursos y

sus acciones, trabajar para dar una autoridad superior sobre sí mismo al hombre interior, y conducirse con este monstruo de muchas cabezas como un entendido labrador, auxiliándose de la fuerza del leon, para impedir el crecimiento de los animales feroces, y alimentar y fomentar los animales pacíficos, distribuyendo sus cuidados entre todos, para que se mantenga una perfecta inteligencia entre unos y otros y entre todos y él mismo.

—Hé aquí precisamente lo que dice el partidario de la justicia.

—Por consiguiente, el que elogia la justicia tiene razon, y el que alaba la injusticia no la tiene. En efecto, ya se atiende al placer, ó á la gloria y á la utilidad, la verdad toda está por entero de parte del defensor de la justicia. Nada sólido se encuentra en los razonamientos del que la combate, ni tiene idea ninguna de la cosa misma que combate.

—A mi parecer, ninguna.

—Como su error no es voluntario, tratemos de desengañarle suavemente. Le preguntaremos; mi querido amigo, ¿sobre qué fundamento descansa la distincion establecida entre lo honesto y lo inhonesto? ¿No consiste en que lo uno somete la parte animal de nuestra naturaleza á la parte humana, ó más bien, divina, y que lo otro somete á la parte brutal y feroz la que es mansa y suave? ¿No convendrá en esto?

—Sí, si quiere creerme.

—Sentado esto, ¿puede ser útil á nadie tomar el oro injustamente, si no puede hacerlo sin someter la mejor parte de sí mismo á la más despreciable? ¡Qué! si por recibir este oro, tuviera que sacrificar la libertad de su hijo ó de su hija, y ponerlos en mano de amos feroces y crueles, creeria perder en ello y rehusaria adquirir por este medio las mayores riquezas; y cuando lo que hay en él de más divino se convierte en esclavo de lo más de-

pravado y más enemigo de los dioses, ¿no habia de ser esto para él el colmo de la desgracia? Y el oro que recibe á este precio, ¿no le cuesta más caro, que lo que costó á Erifile el collar fatal por que sacrificó la vida de su esposo? (1).

— Yo respondo por él que no cabe comparacion.

— Dime, te lo suplico, ¿por qué razon se ha condenado en todos tiempos una vida licenciosa, sino porque el libertinaje afloja la rienda á este monstruo enorme, cruel, de muchas cabezas?

— Es claro que por esa razon.

— ¿Por qué ofenden y se critican la insolencia y el humor irritables, sino porque desenvuelven en el hombre el modo de ser del leon y de la serpiente?

— Sin duda.

— Si se condena la vida muelle y voluptuosa, ¿no es porque enerva y hace que degeneren este mismo natural en cobardía?

— Sí.

— ¿Por qué se vitupera la adulacion y la bajeza, sino porque producen el efecto de sojuzgar la cólera y el valor de este monstruo turbulento, y porque la sed inextinguible de las riquezas, envileciéndole desde su juventud, hace que el leon se convierta en mono?

— Es cierto.

— ¿De dónde nace esa especie de ignominia que va unida á las artes mecánicas y á las profesiones serviles? ¿No es porque estas profesiones suponen en los que las ejercen una razon tan débil, que no pudiendo adquirir el ascendiente sobre esas bestias interiores, se ve precisada á servir las, y que sólo ejercen la industria para inventar nuevos medios de satisfacerlas?

(1) Erifile, esposa del divino Anfiarao, seducida por el regalo de un collar de oro, descubrió el sitio en que se habia ocultado su marido, para no verse obligado á ir á la guerra de Tebas, donde habia predicho que pereceria, y donde, en efecto, pereció. *Odisea*, XI, 325.

— Asi parece.

— Luego si, para dar á tales hombres un dueño semejante al que gobierna al hombre virtuoso, exigiéramos que obedeciesen en todo á este hombre, que obedece él mismo interiormente á la voz de la divinidad, no pretenderiamos que esta obediencia vendria en su perjuicio, como Trasimaco pretendia al decir que era en perjuicio de los súbditos en general; sino que creemos, por el contrario, que nada es más ventajoso para todo hombre que dejarse conducir por un guía sabio y divino, ya lo tenga dentro de sí mismo y disponga de él como de un bien suyo propio, que seria lo mejor, ó ya, á falta de esto, se someta á un guía extraño; porque nuestro designio es establecer entre los hombres esta conformidad de costumbres, que es el origen de la amistad, sometiendo á todos á un mismo régimen.

— No es posible dejar de aprobar un propósito semejante.

— No es ménos evidente, que la ley se propone el mismo objeto cuando presta igualmente su auxilio á todos los miembros del Estado. La dependencia en que están los hijos, se funda en el mismo principio. No permitimos que dispongan de sí mismos hasta que hayamos establecido en su alma, como en un Estado, una forma fija de gobierno; y hasta que su razon, cultivada por la nuestra, pueda, como ésta hace respecto á nosotros, vigilar sobre ellos y arreglar su conducta; entónces es cuando los abandonamos á sus propias luces.

— El designio de la ley es claro en este punto.

— ¿En qué y por qué razon, mi querido Glaucon, podriamos decir que sea ventajoso á alguno cometer una accion injusta, contraria á las buenas costumbres y á la honradez, por más que al empeorar en maldad, se hiciera más rico y más poderoso?

— De ninguna manera puede ser eso ventajoso.

—¿De qué serviría que la injusticia quedase oculta é impune? La impunidad, ¿no hace al hombre malo más malo aún? Mientras que descubierto un crimen y castigado, la parte animal se apacigua y se humilla, y la razón recobra todos sus derechos. El alma entera, volviendo al régimen del principio mejor, se eleva mediante la adquisición de la templanza, de la justicia y de la prudencia á un estado tanto más superior al del cuerpo, que adquiriría también fuerza, belleza y salud, cuanto que el alma misma está muy por cima del cuerpo.

—Es cierto.

—Por consiguiente, todo hombre sensato dirigirá todas sus acciones á este mismo fin. En primer lugar, cultivará y estimará por cima de todo las ciencias propias para perfeccionar su alma, despreciando todas aquellas que no producen el mismo efecto.

—Sin contradicción.

—En segundo lugar, en su régimen corporal no buscará el goce de los placeres brutales é irracionales; buscará la salud, la fuerza y la belleza, en cuanto todas estas ventajas sean para él medios de ser más moderado; y en una palabra, no mantendrá una perfecta armonía entre las partes de su cuerpo, sino en cuanto pueda servir para mantener el acuerdo que debe reinar en su alma.

—No se propondrá otro objeto, si quiere ser verdaderamente músico.

—En consecuencia, buscará la misma armonía respecto á las riquezas, y no se dejará deslumbrar por la idea que la multitud se forma de la felicidad; ¿ó bien aumentará sus riquezas hasta el infinito para aumentar sus males en la misma proporción?

—No lo creo.

—Pero teniendo siempre fijos sus ojos en el gobierno de su alma, atento á impedir que la opulencia de una parte y la indigencia de otra desarreglen los resortes, hará estu-

dio en conservar siempre el mismo plan de conducta en las adquisiciones y gastos que pueda hacer.

—Sin duda.

—Rigiéndose por estos mismos principios en razón de honores, ambicionaré, y si se quiere, tendrá hasta un placer en obtener los que puedan hacerle mejor; y huiré, lo mismo en la vida privada que en la pública, de los que puedan turbar el orden que reina en su alma.

—Pero entonces esquivará el mezclarse en la administración de los negocios.

—No, ¡por el Can! en su propio Estado se encargará con gusto del gobierno; pero dudo que lo haga así del de su patria, á no venir en su auxilio el cielo.

—Entiendo. Hablas de este Estado cuyo plan hemos trazado y que sólo existe en nuestro pensamiento; porque no crees que exista uno semejante sobre la tierra.

—Por lo menos quizá hay en el cielo un modelo para los que quieran consultarle y arreglar por él la conducta de su alma. Por lo demás, poco importa que tal Estado exista ó haya de existir algún día; lo cierto es que el sabio no consentirá jamás gobernar otro que no sea éste.

—Es muy probable.

